

LA FANTASIA EN LA INFANCIA

El niño recurre a la imaginación para tratar de comprender, interpretar y recrear el mundo que le rodea. Gracias a la imaginación puede inventar situaciones fantásticas mientras se divierte enriqueciendo lo que percibe de su entorno, y las experiencias que vive en él.

A lo largo de la infancia, el pequeño expresa libremente su imaginación y sus fantasías. Esta capacidad le facilita crear un entorno íntimo lleno de magia al que sólo él tiene acceso. De este modo, el niño puede trasladarse a cualquier lugar o situación, transformarse en cualquier persona o cosa e inventar personajes que convierte en amigos y compañeros de juegos.

El mundo imaginario sólo tiene las reglas que el pequeño decide y en él posee control absoluto sobre lo que sucede. Cuando se traslada al mundo imaginario, goza de un entorno afectivo donde puede jugar con lo que quiere y con quien desea en cada momento. En la mayoría de ocasiones, inventar un mundo fantástico no implica la necesidad de evadirse de la realidad, ni está vinculado con una infancia emocionalmente difícil, es una forma de poder ensayar y llevar a la práctica sensaciones y proyectos, sin correr riesgos, ni sufrir consecuencias.

La fantasía es el mundo de experiencia subjetiva creado por el propio niño. A través de ella exterioriza sus propios problemas e inquietudes, apareciendo la imaginación como una reflexión de la vida emocional.

El niño sueña, y su sueño se expresa por medio de palabras, adquiriendo la forma de una historia. En esta historia construye un personaje imaginario, con frecuencia él mismo, pero que no excluye a otros personajes. Inventa un hermano, un amigo o un primo, generalmente de la misma edad y del mismo sexo que él, en el cual proyecta parte de sus experiencias y sentimientos personales.

Esa fantasía que desarrolla, no es un peso para el niño. La abandona, la retoma y la completa cuando a él le resulta interesante o necesario, pues la fabulación la concluye en el tiempo "como una novela en episodios".

Como hemos mencionado, ese sueño está mezclado con la realidad y sobre ella construye una actividad gozosa y placentera. La fabulación en este caso no tiene por objetivo anular la realidad sino enmascararla, es decir, interponer entre el sujeto y su situación psicológica una construcción imaginativa que forme una pantalla e impida advertir la verdadera situación.

La situación puede ser provocada por un sentimiento de vergüenza. El niño trata de ocultar, a la mirada de los adultos, acciones que él sabe, o cree,

recibirán desaprobación. Ante la idea del juicio que el adulto puede realizar sobre él, el pequeño siente cierto malestar que aleja poniéndose a soñar algo distinto de lo que efectivamente ocurrió o transfiriendo la acción o situación al compañero imaginario, haciéndolo protagonista de ello.

La situación también puede venir dada por un sentimiento de culpa. Llega un momento en que el niño ya es capaz de interiorizar una ley moral y considera que, según su propia ley, una acción que ha cometido es condenable. Le parece que es demasiado tarde para confesar esa acción y en consecuencia se siente culpable de haberla realizado. Entonces, para sentirse mejor, recurre a la fabulación. Este hecho se suele dar en los niños educados en un medio demasiado moralizador donde se insiste más de lo necesario, con argumentos sentimentales, en el carácter censurable de las menores infracciones.

Por último, esta situación también puede venir dada por un sentimiento de inferioridad. El niño sueña que es distinto de como es y se ve en situaciones muy diferentes de las que experimenta. Por ejemplo, se identifica con los héroes de los cuentos y series televisivas que reciben riquezas, honores y glorias.

De todos modos, la fabulación es un estadio normal de la evolución de la memoria del niño. El pequeño no distingue lo real de lo imaginario. La frontera entre sus sueños y sus deseos por una parte y la realidad por otra, es tan borrosa que dice lo que piensa que ve y no lo que ve en la vida real. Progresivamente, aprende a discernir la realidad y a distinguir los productos de su imaginación.

Habitualmente, la imaginación es un reflejo exagerado y modificado de la realidad. Gracias a ella, el niño da rienda suelta al juego y a la fantasía. La imaginación es la base de la creatividad y, como todas las capacidades del ser humano, debe ejercitarse para conseguir su desarrollo óptimo. Por lo tanto, en ningún caso deben preocupar las fantasías del pequeño y sus amigos imaginarios, a no ser que persistan a lo largo de su desarrollo evolutivo o le impidan ser consciente de la realidad.